

BOCAS DEL TORO.

Bocas del Toro es como una provincia de leyenda. Con el ornamento de sus islas y su corona de montañas espesas e insalvables, sus mares verdeazules, claros como espejos de magia, permanece en el extremo noroeste del Istmo, silenciosa, lejana. No tenía otra vía de comunicación que el ancho mar; pero no hace muchos años el aire se hizo su aliado; y hoy, por los caminos del cielo le llegan, a menudo, aviones cargados de turistas internos y externos, deseosos de gozar su paisaje tropical...

Los gobernantes no han reparado mucho en ella y sus habitantes, mansos o indiferentes, no han gritado lo suficiente como para conmover la opinión gubernamental. Allí iban los políticos en busca de votos cada cuatro años y ofrecían las maravillas de las Mil y Una Noches. Los bocatoreños soñaban entonces con la carretera que superara las montañas y les llevara el hálito familiar de que gozaban las demás provincias... Esa carretera ofrecida es todavía hoy, un sueño; algo que quedó estacionado en la promesa.

Bocas, como familiarmente la llamamos los panameños, tiene en la orilla de sus costas y en sus islas una población heterogénea en la que es difícil adivinar si Bocas del Toro es amada lo suficientemente para trabajar por ello o no. La mayoría es negra, proveniente de las Antillas y luego mezclas de chinos, turcos, el centroamericano que ha llegado a especular en las bananeras lugar en donde se incuban todas las rebeldías para dolor de cabeza de todos los gobiernos. Naturalmente esta gente no da la sensación de permanencia sino de

trashumancia, o de algo que no siente el calor de la panameñidad, ese hábito que se descubre, al rompe, en todas las demás regiones de nuestro país. El resto de la provincia son montañas a veces desoladas, otras habitadas por la población indígena que mantiene allí sus reservas, que posee sus rancias tradiciones, sus prácticas propias, desligadas del común quehacer de las poblaciones mestizas ya aculturadas. Las últimas administraciones gubernamentales han comenzado a pensar un poco en Bocas y por lo menos ya ayudaron a la instalación del acueducto de la capital de la provincia que no bebía otra agua que la de lluvia recogida en tanques que todavía lucen en el techo de muchas de las casas de la ciudad. Llovía tanto, que el cielo abastecía a sus criaturas para que no murieran de sed por la desidia de los hombres. También están pensando en las reservas indígenas y se nota ya cierta intención de ayudarlas y de incorporarlas definitivamente a nuestra vida republicana en forma total. Son notorias las incursiones asistenciales que se hacen para proveerlos de medicinas y alimentos; los congresos realizados con la cooperación de los jefes indígenas para solucionar problemas; el establecimiento de escuelas, en fin es apenas una ayudita de agua fría, pues lo que más falta son las vías de comunicación que pongan en contacto a esas gentes con el resto del país. Por último el gobierno que rige los destinos de Panamá desde 1968, ha comenzado a poner en práctica un plan muy interesante como es el de sembrar familias santeñas en las tierras baldías de Bocas del Toro, sembradura que ha comenzado en este año 1971 con el traslado de más de sesenta familias santeñas a esas regiones.

En las ciudades principales, los habitantes se agrupan alrededor de las oficinas comerciales sobre todo de las que pertenecen a las bananeras controladas por los americanos del norte y la mayoría de ellos, aunque hablan español, prefieren algo parecido al inglés y que nosotros los panameños conocemos por "guariguari". Entre sus tradiciones folklóricas están muchas de sabor antillano, sobre todo inglesas. Hay entre ellos la práctica del "Palo de Mayo", un juego que exige la colocación, en el piso, de una vara bastante alta en cuyo extremo superior prensan cintas de varios colores y al son de cantos, los jóvenes se entretienen en tejer las cintas alrededor de la vara y destejerla luego, sin enredarla. Este juego es universal. En Veraguas también se hace, según informaciones que obtuvimos en Soná; pero en Bocas, los cantos usados son foráneos mientras que en Veraguas son los nuestros. Como puede cantarse cualquier cosa y no algo especial, jóvenes bocatoreños que hacían la secundaria en la Escuela Profesional, realizaron una vez este juego al compás de la música de nuestros "puntos" y al mismo tiempo que cantaban, los movimientos de tejer el árbol les permitía ejecutar los de nuestro baile nacional... Ellas enseñaron en la escuela, para una de aquellas famosas "Semanas

del Maíz” que tanto contribuyeron a la divulgación de nuestro folklore, este juego que estaban acostumbradas a realizar con otras melodías.

Tienen todos sus habitantes, como aquellas niñas, un gran deseo de incorporarse a nuestro quehacer vernacular; se sienten atraídos por nuestras formas folklóricas con un cariño de familia. Quizás por esto que bulle en el interior de sus almas, las autoridades gubernamentales de la provincia han comenzado por realizar Ferias en las que exponen sus productos y artesanías y las toman como motivo para llevar conjuntos de baile y de música procedentes de las regiones azueranas y más de una reina de Feria ha vestido nuestro traje típico con propiedad. Será un proceso admirable éste de sembrar folklore de azuero y gente de azuero en una población tan dispar, pero que tiene la tierra abonada con amor innato hacia lo nuestro.

Queda, pues, para los soñadores de las futuras generaciones, recoger el tambor que se produzca en Bocas del Toro. El injerto será admirable. Estamos seguros de que entonces se logrará la colección completa de los textos del tamborito panameño.